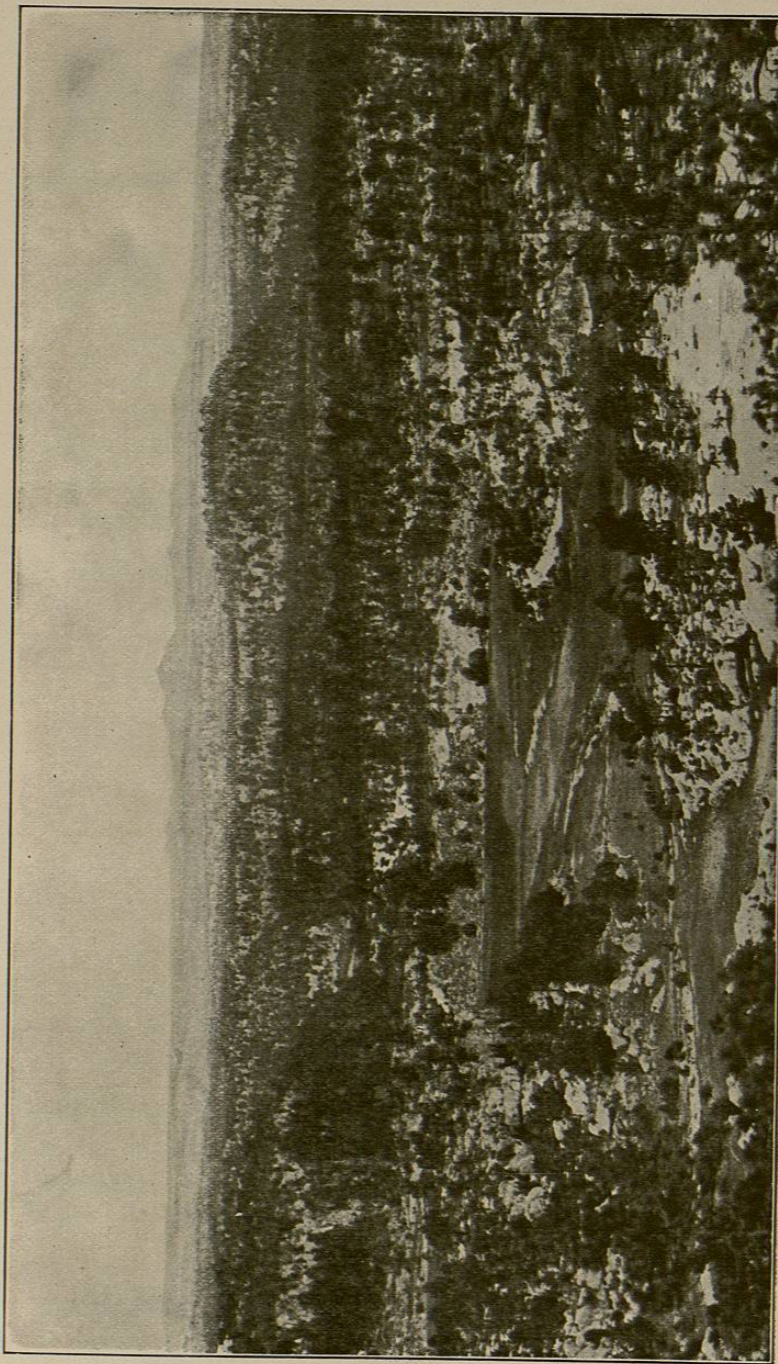


patatas que plantan, cuando las llegan á cultivar, entre las milpas, y que crecen apenas como huevos de paloma. Toman tres clases de hongos, distinguiendo muy bien los venenosos. En cuanto á la sal y el chile, son para ellos cosas de regalo.

Otro de los manjares de su predilección es el *ari*, secreción de un insecto cóccido, *carteria mexicana*. Se recoge, en los meses de julio y agosto, de las ramas de ciertos árboles de las barrancas, se enrolla con la mano en gruesos bastones, y se conserva de ese modo para el invierno. Hirviendo un pedacito en agua, se obtiene una especie de salsa para tomarla con una sopa ó gachas de maíz. Tiene un sabor agri-dulce que aunque no particularmente grato para el paladar, es muy refrescante y muy eficaz, según dicen, para aliviar la fiebre. Los indios lo elogian muchísimo y los mismos mexicanos lo compran.

Á pocas millas antes de llegar á Guachochic, se pasa por el pueblo de Tonáchic, desde donde han sido los indios más ó menos ahuyentados por los blancos. Parece que tuvo el pueblo alguna importancia en tiempo de las misiones, á juzgar por la iglesia, que es bastante bonita, atendiendo á que se halla en la mitad de la sierra. Vi en la sacristía como tres cajas vacías, pero los crucifijos y cálices de plata que en ellas estuvieron alguna vez, habían sido robados por ladrones mexicanos. El encargado del edificio me enseñó tres inmensos cajones llenos de ornamentos de seda de exquisita finura y variedad de bordados de plata y oro, en número, por lo menos, de varias docenas.

El altar estaba arreglado y pintado de rojo y oro, con mucho gusto. Colgaban de los muros varias antiguas pinturas de aceite, pero tan ennegrecidas por el tiempo, que era imposible reconocer si tenían algún mérito. ¡Admirables hombres aquellos misioneros que tales cosas llevaban al seno del desierto, á través de centenares y millares de millas, sobre mulas ó indios! Era casi una anomalía ver fuera de allí, pobres y desnudos, á los indios para cuyo bien se había



Aspecto de la región tarahumar en Humarisa.

emprendido todo aquello. Una mujer estaba barriendo las heces de las multitudes de murciélagos que anidan en el techo.

El hombre más rico y prominente del pueblo gozaba de la reputación de ser un gran ladrón. Cuando fui á visitarlo, encontréle en cama atacado de un dolor de muelas, con la cabeza envuelta y sumamente debilitado. Habían acudido muchas personas á manifestarle sus sentimientos por el mal que le aquejaba. Habiéndole yo dicho que me simpatizaban los tarahumares, me contestó: "Pues lléveselos á todos, uno por uno." Lo único que le interesaba de los indios eran sus tierras, de las cuales se había apropiado ya una buena porción. Su mujer era la única persona del pueblo que sabía rezar las oraciones de la iglesia, lo que lo enorgullecía mucho, considerando la piedad de su esposa muy suficiente para toda la familia.

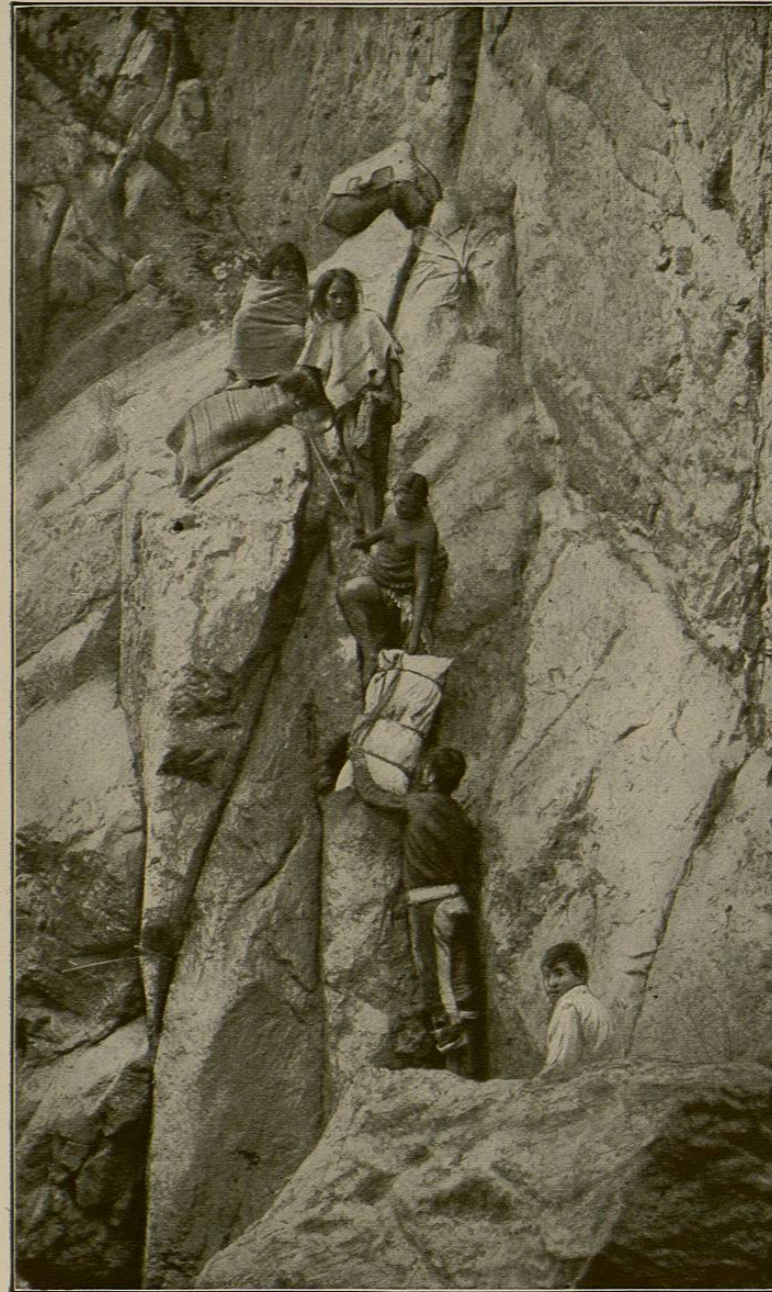
Al regresar á Guachóchic, me deshice de los mexicanos que habían estado á mi servicio desde mis excursiones por Sonora, en vista de que me serían de muy poca utilidad en un terreno desconocido para ellos, y dispuse asimismo de la mayor parte de mis mulas, conservando sólo como media docena.

Con el bondadoso permiso de don Miguel, instalé la mayor parte de mi equipaje en una de sus casas, y consideré su rancho como un cuartel general desde donde emprendí largas excursiones por diferentes rumbos. Gracias á mis mulas de montar y de carga, podía salir llevando baratijas, grano, cuentas de vidrio, tabaco y género de algodón, y regresar cargando lo que recogía en el camino. Me acompañaba de un par de mexicanos de aquellos lugares y de varios indios que ayudaban á llevar la carga. Siempre, por supuesto, que bajaba á las barrancas, tenía que dejar mulas y carga en algún lugar seguro de la planicie, y seguir á pie con lo más necesario, dependiendo por completo, en tales viajes, de los nativos, que llevaban las provisiones y escogían la

cueva ó el refugio para dormir bajo de las rocas ó los árboles.

Nuestra comida se componía principalmente de maíz y frijoles, con algo de carnero ó de chivo á las veces, y algunas yerbas y raíces de postres. Preparábase el grano á la usanza de los indios, ora en tortillas, ó más frecuentemente tostándolo al fuego en un comalito, preparación bastante fácil y que no sabe del todo mal. Con todo, es laboriosa tarea para los dientes masticar semejantes pedrezuelas, y muchos meses de tal dieta ascenderían la cuenta del dentista en igual proporción que el desgaste sufrido por las muelas. Se me preguntará por qué no llevaba provisiones conmigo: sencillamente porque los alimentos conservados son, por regla general, pesados de llevarse, además de la imposibilidad de sustituirlos con otros cuando se acaban, y algún chocolate y leche condensada que había encargado á Chihuahua, no me llegaron sino hasta siete meses después de pedidos. Los indios, por otra parte, no se muestran muy complacientes en llevar cargas, á lo menos por aquellas terribles asperazas.

Así estuve viajando por un año entre los tarahumares, visitándolos en sus ranchos y cuevas, en las mesas y en las barrancas. Hay algunos valles á donde no fui, en la parte central de la región, es decir, entre la barranca de Batopilas y Carichic por el norte, y la región minera de Guadalupe y Calvo por el sur. Tuve la fortuna de encontrar un buen lenguaraz llamado don Nabor, hombre alto, enjuto, de aspecto sano, como de cincuenta años, muy pobre y cargado de numerosa familia de hijos é hijas, algunos ya muy grandes. Había pasado toda su vida en la intimidad de los indios, cuya lengua hablaba tan bien como el español, y era en realidad más afecto á los tarahumares que á sus hermanos los mexicanos. Vivía á un día de distancia de Guachóchic, y como, aunque empedernido en la caza, ésta no le rendía mucho por ser mal tirador, se ganaba principalmente la vida traficando con los indios. Era el tipo del hombre de



Bajando mi maleta en la barranca de San Carlos.

buen carácter, presto á reír con la alegría de los indios, y á llorar con sus penas. Teníanle, pues, por muy inteligente y honrado, y le profesaban especial afecto. Nada tomaba nunca sin permiso, pero no era corto en pedir. De sus dientes, apenas quedábanle dos incisivos superiores, lo que no era poca desgracia para hombre de tan voraz apetito, pero los ejercitaba con tal ardillezca habilidad que casi comía por parejo con los demás.